

los políticos que conspiran contra el nuevo orden establecido como así también sanear las filas del ejército. Se le ve preocupado por el descontento de algunos sectores, severo en corregir los vicios de éstos, confiando en Portales, su amigo, consejero y eficiente colaborador, a pesar de las intrigas que tienden a enemistarlos. Advierte que se hace indispensable una reforma de la Constitución de 1828 y orientar de diferente manera las finanzas públicas, dando prueba, en fin, de notorio interés por los negocios públicos, prudente y firme a la vez, solicitando la cooperación de los más capaces para poner punto final a la inestabilidad anárquica.

Es el hombre de estado vibrante a las necesidades nacionales y en permanente búsqueda de horizontes de grandeza y prosperidad, quitándose modestamente de la escena, brindando sus calidades al país, que ha justipreciado sus muchos méritos, entre los que destaca su organización de la República en períodos de convulsión y desconcierto, creando el Archivo Presidente Joaquín Prieto, destinado a perpetuar su memoria e iluminar a los gobiernos de Chile.

T. P. M. H.

<https://doi.org/10.29393/At401-92ALTM10092>

Alberdi, de SERGIO GUTIÉRREZ OLIVOS.
Editorial Emecé, 1962.

El ex Embajador en Argentina y actual en los Estados Unidos, don Sergio Gutiérrez Olivos, dictó en Buenos Aires, en el curso del año pasado, dos interesantes conferencias sobre Alberdi, abordando su personalidad como exilado en Chile y como internacionalista. Los trabajos del señor Gutiérrez Olivos han sido publicados en libro, contribuyendo así a su mejor difusión.

Juan Bautista Alberdi llegó a Chile luego de haber permanecido algún tiempo en Europa, porque debió salir de Argentina en vista de su decidida oposición al régimen de Rosas, a quien combatió de palabra y por escrito. Aquí se le acogió como lo merecía su rango y condiciones, en un tiempo que el territorio nacional era "un asilo contra la opresión", durante el gobierno del Presidente Bulnes. Numerosos emigrados argentinos, entre ellos Sarmiento, Mitre y Vicente Fidel López, como así también de otras nacionalidades, unidos a otros ilustres extranjeros ya residentes como Bello y Mora, dieron considerable impulso a la cultura, dando origen al Movimiento Intelectual de 1842, originado por la fundación de la Sociedad Literaria, la Universidad de Chile y otras instituciones de jerarquía. Se fundan revistas y periódicos y se reciben las enseñanzas de prominentes sabios como Gay, Domeyko y Philippi. En una palabra, la floreciente situación del país, en todos los campos, y el afianzamiento internacional de Chile, debido al triunfo sobre la Confederación Perú-Boliviana, posibilitó en alto grado un brote cultural estimable, primer impulso que los años se encargarían de poner de relieve.

Contando con la tranquilidad necesaria, Alberdi se entrega de lleno a la literatura jurídica y da a luz importantes obras, donde se manifiestan sus dotes adivinatorias, anticipándose a su tiempo de una manera asombrosa. Fuera de ejercer su carrera de abogado, alcanzando señalados triunfos y de

concebir sus trabajos, se da tiempo para mantener una nutrida serie de lecturas, que abarca a los grandes ensayistas europeos, contribuyendo a reforzar su sólido bagaje intelectual.

Pero como muy bien lo nota el señor Gutiérrez Olivos, es en el campo del Derecho Internacional donde se advierte con más nitidez su genio profético. Hizo hincapié en la necesidad de adoptar la uniformidad aduanera, recién hecha realidad, de formar un Banco y un crédito públicos continentales, iniciativa concretada en el Banco Interamericano de Desarrollo, de facilitar las relaciones mercantiles, jurídicas y culturales en el continente. Igualmente dentro de la comunidad internacional americana propuso lograr una efectiva solidaridad continental, contemplada debidamente en el Tratado de Asistencia Recíproca, firmado en Río de Janeiro en 1947, y luego en la Carta de la Organización de Estados Americanos, suscrita en Bogotá en 1948, instrumentos ambos que son la piedra angular del regionalismo americano.

El señor Gutiérrez Olivos, competente diplomático y profesor de Derecho Internacional Público, analiza estos temas autorizadamente, destacando la visión penetrante de Alberdi, que tuvo razón antes de tiempo. No menos lúcidas —agrega más adelante— son sus observaciones sobre la intervención armada de los Estados, la necesidad imperiosa de formar una Corte Internacional de Justicia —organismo de las Naciones Unidas— y de impedir la guerra, tema que lo apasionó en sus años postreros.

Evidentemente que Alberdi es un precursor en Derecho Internacional por su conocimiento de la materia, su don de la observación y sus deseos fervorosos de coadyudar al mejor entendimiento de los pueblos, en una época que muy pocos se preocupaban de estas materias, dejadas para cavilaciones de minorías. El autor hace presente que Alberdi se calificó a menudo de conservador y demostró que lo era “cuando propiciaba soluciones que no destruyeran las valiosas esencias recibidas del pasado. Pero nos dio un insustituible ejemplo de verdadero conservadorismo, que respeta los valores permanentes, pero está siempre abierto a la audacia y hasta la intrepidez para tronchar lo caduco y para llenar los vacíos de la edad presente. En ese sentido, Alberdi fue un conservador profundamente renovador, o quizás, un revolucionario profundamente conservador”.

Pero no todos fueron triunfos para Alberdi. Desinteligencias surgidas con el gobierno de su país le determinan a permanecer en Francia hasta el final de sus días, herido en sus más íntimos sentimientos. El autor de este libro escribe: “El campeón de la nacionalidad y de la integridad argentina queda, ante amigos y extraños, en una postura falsísima. El héroe ha quedado como un débil, el estudioso como un precipitado, el patriota como un desobediente de su propio gobierno, el visionario como un iluso”.

¡Cómo añoró los felices años pasados en Chile!

Gratos recuerdos conserva, los que transmite a su apoderado, don Francisco Javier Villanueva, quien recibe testimonios de un hombre insobornable, ajeno a las transacciones y a la conveniencia. Más de cuatrocientas comunicaciones le son dirigidas, que pronto serán publicadas por el historiador don Alfonso Bulnes, actual propietario de ellas, en las que vemos al hombre que

frente al destino adverso conserva invariablemente su integridad moral, sin doblarse jamás.

Sergio Gutiérrez Olivos ha trazado experimentadamente la semblanza de Alberdi, estudiando además su pensamiento jurídico e internacional con inteligencia y mesura. Lamentemos, sí, que sea avaro en prodigar sus escritos, sobrios, elegantes y bien concebidos, pues no es posible que ensayistas de sus capacidades no den más a menudo público testimonio de los méritos que poseen. Este libro suyo así lo hace desear.

T. P. M. H.

Diálogo en torno a Cândido Portinari, de ANTONIO R. ROMERA.
Cadernos Brasileiros, 1962.

Una entusiasta obra de difusión cultural está realizando el Centro Brasileiro de Cultura y el Servicio de Propaganda y Expansión Comercial de la Embajada de Brasil en Chile, al publicar cada cierto tiempo, en pulcro y agradable formato, unos interesantes "Cadernos Brasileiros".

Diversos aspectos de las artes, la economía, la historia, la geografía, el deporte y otras actividades de la nación hermana han sido debidamente estudiados por expertos. Tenemos a mano *Diálogo en torno a Cândido Portinari*, del crítico de arte Antonio R. Romera, quien nos introduce en el universo del artista brasileiro, cuya desaparición aún se recuerda sentidamente en los círculos donde desarrollara su labor.

El señor Romera, que es muy documentado en sus trabajos, ha empleado en éste una atrayente forma dialogal, originalidad no desprovista de ventajas, desde el momento que le insufla un aire muy ágil y dinámico.

Fuera de toda duda está la competencia del autor para tratar sobre materias artísticas, teatrales y cinematográficas. Su labor crítica en "El Mercurio", "Atenea", "Occidente" y otras publicaciones no le ha impedido discurrir con mayor detenimiento y profundidad sobre temas de su predilección, como sería el caso de su *Historia de la pintura chilena*, siempre recomendable por la juiciosa y erudita visión de nuestro desenvolvimiento pictórico, complementada con reproducciones de los cuadros más representativos, lo que da un total cuya excelencia ya han puesto de manifiesto los entendidos, y varias monografías dedicadas a Alberto Orrego Luco, Carlos Hermsilla, Herrera Guevara y ahora a Cândido Portinari, superando ya las fronteras nacionales al entrar de lleno a la pintura hispanoamericana y en particular a la brasileira.

El señor Romera fuera de referirse con propiedad al mérito de Portinari en la pintura contemporánea, definiendo sus caracteres particulares y comparándolo con otros conciudadanos suyos, como Cuixart, cuyas telas son asimismo conocidas por el público chileno, hace bien fundadas observaciones sobre la ignorancia lamentable que existe en el mutuo conocimiento de las artes en el continente. Cita el caso de una autora que al hablar de la pintura chilena escribe lo siguiente: "En Chile los nombres más cotizados y conocidos parecen ser los de las pintoras Ana Cortés, Inés Puyó y los pintores Pablo Burchard,